

Semblanza de Luis Rosado Vega

José Díaz Bolio

Cuando a la edad de quince años regresé de los Estados Unidos después de haber pasado allá poco menos de la mitad de mi niñez, lo que me deslumbró fue la canción yucatanense y, entre éstas las de Ricardo Palmerín con letra de Luis Rosado Vega. Ocurrió que, al regresar mi familia a Mérida después de haber estado casi seis años en Nueva York, mis tres hermanas mayores fueron regaladas con continuas serenatas que sus admiradores les llevaban. Al pie del alto corredor de la casa paterna, los trovadores punteaban sus guitarras y cantaban *Flores de mayo*, *El rosal enfermo*, *Las golondrinas*, *Novia envidiada* y otras muchas canciones que dieron fama a la trova yucatanense. Mis hermanas espiaban a través de la larga balaustrada para ver quién llevaba la serenata. Yo preguntaba ansioso: "¿De quién son esas canciones?" Y, como mis hermanas no podían contestar mi pregunta, ésta rondaba mi mente a lo largo de semanas y meses. Al fin, un peluquero-trovador del barrio de Santa Ana

me hizo la revelación. Me dijo: "Las más bellas son de Ricardo Palmerín y de Rosado Vega".

Desde entonces, el conocer a Luis Rosado Vega y a Ricardo Palmerín se volvió el propósito principal para mí. Tomando lecciones de guitarra con el peluquero-trovador llamado maestro Miguel, a los pocos meses averigüé dónde vivía Ricardo y una tarde me le presenté, pidiéndole que me enseñase la guitarra y sus canciones.

Fue así como comenzó una larga e íntima amistad con el famoso trovador, amistad que duró hasta que él, 23 años después de haberlo conocido, bajó a la tumba.

No así con Luis Rosado Vega. El nombre del gran poeta, autor de *Las campanas de mi pueblo* y de las letras de tantas y tan bellas canciones de Palmerín, sonaba a mis oídos con un lejano e inalcanzable prestigio. Por fin, siete u ocho años después de haber conocido a Ricardo, tuve la satisfacción de conocer a don Luis, como se llamaba. Fue así:

José Díaz Bolio. (1906-1998). Periodista poeta y ensayista, nacido en Mérida. Autor de quince libros de poesía, temas armelences, numerosos folletos y letras de canciones.

fama parecer tímidos ratoncillos ante Luis Rosado Vega. Era agudo y cortante. Hablaba con la seguridad de quien ha vivido con el oído pegado al saber del mundo. Cualquier tema filosófico lo cautivaba. Con él se podía hablar horas enteras sin aburrirse. Pero, cuando sostenía algo, ¡ay del que lo contradijese!

Una noche, cenando varios amigos junto con don Luis en el restaurante "Manhattan", de la ciudad de Méjico, don Luis observó que Adolfo Hitler estaba reviviendo el culto solar. Abundó en razones y concluyó diciendo que, en final de cuentas, la vida se la debemos al Sol. Yo me permití objetar, repitiendo el argumento del filósofo francés Malebranche: "Si entramos a un salón donde hay mil bujías encendidas, no vamos a adorar las bujías, sino al que las encendió".

Esto fue como haberle clavado una banderilla al poeta. Alberto Escalona Ramos, científico nato, estaba a mi lado y sonrió al oír el argumento de Malebranche. Entonces don Luis se apasionó por su idea. Como era muy frecuente que hablase en tono de chanza y que sostuviese argumentos típicamente sofisticados y de los cuales él mismo acababa riendo, yo pensé que don Luis chanceaba y, frente a él, le dije a Escalona: "No lo dice en serio don Luis. Está jugando". Me equivoqué. Don Luis sostenía en serio la vuelta al culto solar. Al escuchar mi observación, se

levantó colérico, calóse el sombrero hasta las orejas, asestó un bastonazo a la mesa y salió precipitadamente del restaurante.

Allí se cortó mi amistad con don Luis, pero no mi estimación hacia él. Conociendo su carácter, no le di importancia a su acción. Uno o dos años después, cuando se le inició en Mérida un juicio de tipo policiaco que lastimaba innoblemente su personalidad, le dirigí una carta diciéndole que ni por un momento creía yo en la acusación de que se le hacía objeto y que esperaba verlo confundir a sus delatores. Don Luis me contestó emocionado y agradecido, invitándome a visitarlo en la suite que ocupaba en el hotel Casa Blanca, frente a la Cámara Federal de Diputados, a la cual llamaba, pintolescamente, "La Perrera".

No he conocido a nadie con una conversación tan interesante, tan amena y salpicada de ingenio, como don Luis. A veces, su sagacidad se volvía algo impertinente. "Buenos días, don Luis, ¿cómo está usted?" "Unas veces parado y otras sentado". O, "Y su esposa, ¿cómo está?" "¡Pues creo que está bien!" Una tarde lo fui a visitar y me saludó diciendo: "¡Llega usted a tiempo para brindar por mi ojo!" "¡Me lo van a sacar!". Dirigiéndose a su ropero extrajo una botella de tequila y llenando dos copas me alargó una. Levantando la suya, dijo este brindis:



*¡Ojo derecho, qué mal lo has hecho,
estás deshecho, de arriba a abajo!
¡Ojo derecho, vete al carajo!*

Y añadió: "¡Por el tuerto Rosado!". Yo me reí y bebí. "No, don Luis, nadie le va a llamar El Tuerto Rosado". "Sí, así me van a decir. ¡Qué caray, otra copa!" Al día siguiente, le extrajeron un ojo.

Don Luis sólo podía vivir consigo mismo y por lo tanto estaba separado de su mujer, doña Celia Ojeda. Pero cuando sufrió esa operación se refugió en el apartamento que en avenida Álvaro Obregón ocupaba su esposa, junto con sus hijos Luis Augusto y Vladimiro. Don Luis se fumaba tres cajetillas diarias de cigarrillos muy bravos y arrojaba las colillas al suelo. Eran, al día, 60 cigarrillos de los más fuertes. Encendía uno tras otro, y se paseaba de un lado a otro de su habitación, lanzando fumarolas. Su lengua se le veía siempre rojiza y yo atribuía esto a la acción del tabaco. El refugiarse en el apartamento de su esposa y sus hijos, no varió su costumbre de arrojar las colillas al suelo y como el piso era de madera, doña Celia tenía que esta pendiente para recoger las colillas cada vez que las dejaba caer. ¡Esto era 60 veces al día! Habiéndosele ajustado un ojo artificial, de noche lo asentaba sobre una mesita que había junto a su cama. Una mañana, al despertar, con la impaciencia de su carácter violento tanteó

con la mano el ojo artificial; pero éste rodó y cayó al suelo, rompiéndose. En ese momento entraba doña Celia, la cual, al ver caer el ojo y hacerse pedazos, le dijo en tono de lamentación a su esposo: "¡Ay, Luis, ya rompiste tu ojo". "Sí, ya lo rompí", respondió corajudamente aquél. "¿Vas a mandar a hacer otro?" "¿Del mismo color?" "¡Sí, voy a mandar a hacer otro igual y... otro rosado, para los domingos!"

Don Luis había confeccionado una lista de diez generales chinos. Combinando sílabas del idioma de Chang-Kai-Shek y de Confucio, recitaba diez nombres muy pintorescos y que no son para escribirse.

Una noche, yendo por la avenida Cinco de Mayo, le pregunté: "¿Qué opina usted de las ideas de cielo e infierno?" "Sólo sé, Pepe, que cuando yo muera quiero irme al infierno, porque allá está todo lo bueno". "¿No preferiría ir al cielo?", añadí sonriendo. "¿Al cielo? ¿Para oír allá violines celestiales durante toda la eternidad? ¡No, prefiero ir al infierno!"

La personalidad de don Luis era reconocida en la ciudad de Méjico. Una noche, en un restaurante, estaba en otra mesa el director de la Biblioteca Nacional junto con su esposa. Señalando de reojo a don Luis, le dijo a su mujer: "Ese es el gran poeta Rosado Vega".

Sólo con mucho tacto se podía tener acceso a la amistad de don Luis. Solía ser hiriente y altanero. Era lo



contrario de Antonio Mediz Bolio. De todos modos, había que tratarlo a distancia. Sin embargo, era visitado día y noche en su cuarto del hotel Casa Blanca y allí vimos a José Castillo Torre, Porfirio Barba-Jacob y otros escritores y poetas. Iban también Rómulo Rozo y Alberto Escalona Ramos. Un día, Porfirio Barba-Jacob fue a pedirle que lo ayudase a conseguir empleo, "pero con la condición de no tener que trabajar". Esto lo celebraba Rosado Vega, riendo a carcajadas.

De 1935 a 1937 organizó la "Expedición Científica Mexicana 1937" para la cual yo me inscribí como enviado de dos periódicos. Sin embargo, abandoné la empresa cuando vi que la expedición estaba estancada en Veracruz, donde pasé una semana. Yo tenía la obligación de escribir tres artículos a la semana y, estancados allá, me era imposible cumplir. Una mañana, a las seis, llamé al cuarto de Escalona Ramos para anunciarle que me iba. "¡No lo hagas!", gritó Escalona. "Don Luis se va a poner frenético". En efecto, don Luis dirigió una carta a los diarios de la ciudad de Méjico, comunicándoles que yo no formaba parte ya de la expedición. Pensó que yo haría otra por mi cuenta. Tras de mí se marcharon una periodista suiza y otra yanqui.

Fernando Güemes, que fue secretario de Rosado Vega durante muchos años, me relató esta sabrosa anécdota de la expedición, cuando ésta se es-

tancó en Quintana Roo: don Luis, que tronaba contra el cine, se contagió, precisamente en la selva, de afición a él. La Secretaría de Educación le había proporcionado cámara de cine y camarógrafo y, claro, había que hacer algo. Don Luis se improvisó director. Una noche, al proyectarse en la pantalla un rollo de la película que el poeta dirigía, éste vio pasar una cosa blanca en la escena. "Oiga, Güemes, ¿qué cosa blanca es esa que cruzó?" "Don Luis, es un inodoro. Como la escena estaba tan aburrida, a alguien se le ocurrió pasarlo, para darle animación". Lanzando centellas, don Luis se puso el sombrero, azotó una silla con su bastón y marchó fuera.

Don Luis escribió unos largos versos picarescos, de los cuales tuve copia, pero que desgraciadamente perdí. "Don Luis, es de lo mejor que usted ha escrito". "¡Son tonterías, Pepe!". En efecto, fueron los versos picarescos más ingeniosos que he leído. Digo "fueron" porque los considero perdidos del todo.

En 1930 estuvo en Mérida el novelista español Luis de Oteyza. Se enemistó con Rosado Vega cuando éste presentó el ballet-escénico *Payambé*, cuyo libreto en verso escribió y en el cual se oían exclamaciones como ésta de "¡Payambé! ¡Payambé! ¡Payambé!". Luis de Oteyza, respondiendo a alguien que le preguntó qué le había parecido la obra, dijo que "muy barata la entrada"; porque, por una sola

paga, la había oído tres veces: "¡Payambé! ¡Payambé! ¡Payambé!"

Cuando una noche en el Parque Hidalgo alguien le dijo la opinión de Oteyza, sentado como estaba en una banca del parque, dio tres golpes en el suelo con su bastón, profiriendo tres veces también, junto con los golpes, una expresión gráfica con la cual mandaba lejos al novelista.

Rosado Vega era muy temperamental. Pero era contradictorio. Tan pronto se le humedecían los ojos al escuchar una pena ajena, como se alzaba colérico ante el menor inconveniente. Y era muy suspicaz y desconfiado; todo lo cual, aunado a su soberbia, lo redujo a la soledad de sus últimos años. No daba alternativa a cualquiera. Se sentía señor del verso y despreciaba la obra de Gabriela Mistral, a la que nunca consideró buena poetisa. "Mire, Pepe", me dijo una vez hablando de la Mistral: "una mujer tonta tiene los sesos de una gallina; una mujer inteligente, tiene los sesos de dos gallinas y, una mujer muy, muy, muy inteligente, tiene los sesos de tres gallinas".

Así de pintoresca era su charla. Era interesante y bella, pero picaba; a veces quemaba. Por ello quienes lo conocieron, sobre todo en sus postrimerías, se sentían rechazados. De la obra de Mediz Bolio como poeta, me dijo una vez: "Lo conocí de muchacho y sé qué puede dar". Carlos Alberto Echánove Trujillo, sobrino suyo (no

sé si político), fue quien en los últimos tiempos del poeta, lo frecuentó. Escalona Ramos, Echánove Trujillo y quien esto escribe, hablamos es más de una ocasión sobre lo bueno de escribir las ocurrencias de Rosado Vega. Ninguno lo hizo.

La arrogancia y altivez suyas acabaron en un fin verdaderamente espantoso. Hace años narramos el cuadro de miseria y sufrimiento en que estaba nuestro poeta poco antes de morir; cuadro de soledad y abandono que le hicieron exclamar, al escuchar él nuestra voz cuando lo saludamos al entrar a la pestilente habitación que ocupaba en el hotel Itzá: "¡Dios ya se olvidó de mí!", y luego, entre sollozos contenidos: "¿Por qué no me he muerto?"

Rosado Vega se reconcilió con la Iglesia en sus últimos años. También hemos narrado esto y no vamos a repetirlo. "Sí, Pepe, ya me reconcilé", me dijo don Luis cuando me le quedé mirando, después de observar que lo había visto entrar a Catedral. Y, ante mi mirada insistente, remachó: "La religión es poesía". Solo, pobre, enfermo, sin amigos ni parientes cerca de él; muerto el estro poético, acabada la inspiración, don Luis volvió a la Iglesia en busca de poesía. Él había sido un poeta toda su vida y entró de nuevo al templo, ya anciano, en busca de calor espiritual, de refugio, de consuelo y, en una palabra, de poesía.

